



«El Indiana Jones
del mundo del arte»

Daily Telegraph

Los caballos de Hitler

La increíble historia del detective del arte
que localizó uno de los grandes iconos nazis

ARTHUR BRAND


ESPASA

ARTHUR BRAND

LOS CABALLOS DE HITLER

La increíble historia real del detective del arte
que localizó uno de los grandes iconos nazis

Traducción de Ariadna Molinari


ESPASA

Edición holandesa original: *De paarden van Hitler*, Meulenhoff Boekerij bv, Amsterdam, 2019.

Publicado por acuerdo especial con Meulenhoff Boekerij bv, junto con su agente, debidamente designado, 2 Seas Literary Agency, y su coagente Salmaia-Lit, Agencia Literaria.

© Arthur Brand y Meulenhoff Boekerij bv, Amsterdam, 2021.

© Traducción: Ariadna Molinari, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Preimpresión: Safekat, S. L.

Diseño de cubierta: © Dan Mogford

Ilustración de la cubierta: © Roy Bishop / Arcangel y Unsplash

Fotografía del autor (solapa): © Femke Bakker

ISBN: 978-84-670-6340-0

Depósito legal: B. 11.096-2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

Prólogo. <i>Führerbunker</i> , Berlín	13
1. Livorno, Italia	15
2. Ámsterdam	36
3. Múnich	49
4. Múnich, aparcamiento subterráneo	58
5. Bruselas	67
6. Ámsterdam, un domingo por la mañana, en la oficina	82
7. Berlín y Eberswalde	87
8. Prenzlauer Berg	100
9. Ámsterdam	107
10. Ámsterdam	114
11. Berlín	119
12. Ámsterdam	125
13. Múnich	136
14. Nörvenich	163
15. Ámsterdam	175
16. Berlín	185
17. Heikendorf	197
18. Ámsterdam	210
19. Berlín	214
20. Ámsterdam	240
21. Miércoles, 20 de mayo de 2015	246
Epílogo	263

1

Livorno, Italia

2014

En cuanto el avión frena sobre la pista y los demás pasajeros respiran con alivio, yo siempre empiezo a estresarme. ¿Dónde estarán los taxis? ¿El conductor me dará tres vueltas por la ciudad para sacarme los cuartos antes de dejarme en mi destino? A veces tengo la suerte de que manden a alguien a recogerme. Dependiendo de quién sea mi contacto, puedo encontrarme al llegar con un coche con matrícula diplomática o, incluso, una limusina con chófer enviada por algún cliente adinerado.

En el aeropuerto de Pisa quien me esperaba era un repartidor de comida china que, además, no hablaba inglés. Mientras gesticulaba y hacía señas para indicarme la parte trasera de su camioneta blanca, abrió la puerta a tirones y me metió dentro de un empujón. El suelo del vehículo estaba cubierto de botellas de refresco vacías, menús arrugados, un saco de arroz roto, cuyo contenido se había desparramado, y un pimiento verde mohoso. El olor era terrible. Me puse en cuclillas abrazándome las piernas y me apoyé contra la pared de la camioneta para mantener el equilibrio. El asiento del copiloto iba ocupado por una bolsa repleta de recipientes con comida. Era evidente que

yo solo era un envío más, encajado entre dos entregas de su ruta de reparto. El conductor salió disparado como si su vida dependiera de ello, conduciendo a toda velocidad y sin tomarse la molestia de sortear los baches.

Pese a todo, me sentía aliviado. Aunque mi vuelo se había retrasado una barbaridad al menos no había tenido problemas en la aduana. Y no porque tuviera algo que ocultar, sino porque el hombre con el que iba a reunirme en Pisa tenía un extraño sentido del humor y ya me la había jugado alguna vez. Como aquella en que hizo que un oficial de aduanas me sacara de la cola de control de pasaportes.

—¿Puede acompañarnos, por favor? Hemos recibido una denuncia anónima informándonos de que usted está haciendo contrabando de arte.

Así me llevaron, entre las miradas de curiosidad y desaprobación de los otros viajeros. Cuando llegué a mi destino, mi anfitrión me recibió con una amplia sonrisa.

—Bueno, ¿qué tal el viaje?

Por fortuna, parecía que hoy no se le había ocurrido alguna bromita nueva.

Había intentado evitar este encuentro durante semanas. Cuando me quedé sin pretextos y las amenazas comenzaron a subir de tono —«Si no vienes ya, haré que alguien vaya por ti»—, compré un billete para Pisa, ida y vuelta desde Ámsterdam en el mismo día.

Al término del viaje, que por suerte fue corto, la camioneta se detuvo de golpe. El conductor salió, abrió la puerta trasera y me sacó tirándome del brazo. Hizo una pequeña reverencia y se alejó. Respiré profundamente. El tufó de la camioneta todavía me daba náuseas.

Estaba frente a un edificio gris de cinco pisos. La luz del sol me cegaba, pero pude reconocer dónde estaba: el

canal de agua cristalina en la que podían verse peces nadando, los pequeños puentes de piedra y las hileras de motocicletas aparcadas. Al otro lado del canal se erigía el impresionante fuerte de Livorno, construido en tiempos de la ilustre familia Medici. Caminé hacia la puerta y toqué el timbre del profesor Richardson. Mi anfitrión cambiaba de identidad con frecuencia y esta vez se estaba haciendo pasar por un profesor de literatura inglesa.

—*Chi è?* —preguntó una voz por el interfono.

—Arthur.

Subí hasta el quinto piso por las escaleras, ya que la última vez que estuve allí hubo un apagón en el edificio y me quedé una hora atrapado en el ascensor. La puerta estaba abierta. Un diminuto sirviente filipino, luciendo una camisa blanca almidonada y un chaleco negro, me esperaba en el umbral con expresión sonriente.

—Señor Brand. Como de costumbre, es un placer verlo. —Ver a Noah siempre me enternecía. Estaba trabajando en Italia de manera ilegal para poder proporcionar un futuro mejor a su esposa y sus dos hijas en Filipinas—. El señor está en la sala, trabajando.

Le di mi abrigo y entré a la sala. Resultó que el señor no estaba trabajando. En realidad, estaba desparramado en su escritorio, roncando, con la cabeza apoyada en el teclado. Del ordenador salían suaves acordes de música italiana. Dormido como un bebé, así es como prefería verlo; y es que, en cuanto despertase, había que tener cuidado con este peculiar personaje. Era uno de los tipos más peligrosos del mundillo del arte: Michel Van Rijn.

Lo había conocido hacía quince años, cuando empezaba a dar mis primeros pasos en el mundo del arte como coleccionista. Por aquella época yo acababa de adquirir una pintura del postimpresionista francés Paul Madeline

por la que había pagado varios miles de florines; el caso es que, después de una serie de análisis técnicos, resultó que había sido realizada en 1950. Un pequeño milagro, digamos, pues en esa fecha Paul Madeline ya llevaba unos treinta años muerto. Como cualquier coleccionista novato, yo era la presa perfecta para falsificadores y otros estafadores.

Poco después leí un viejo artículo de periódico en el que se hablaba de un hombre llamado Michel Van Rijn. En él, un portavoz de Scotland Yard declaraba: «Este rufián holandés está involucrado en el noventa por ciento de los grandes escándalos del mundo del arte y le gusta alardear de que, además, también ha metido la mano en el diez por ciento restante». Esto despertó mi interés, así que busqué más información sobre él en internet. Resultó que en esa época Van Rijn ya se había reformado. Desde mediados de los años noventa había empezado a colaborar con Scotland Yard y otros cuerpos policiales para resolver delitos relacionados con el mundo del arte. También tenía su propia página web en la que desenmascaraba a comerciantes de arte sospechosos, falsificadores y ladrones, algo que ciertos personajes indeseables —sus otrora «collegas»— no veían con muy buenos ojos. Pero también había rumores de que, en realidad, Van Rijn no había abandonado su antigua «profesión». Se creía que seguía activo y que solo mantenía sus contactos con la policía para protegerse. La historia me fascinó y decidí contactar con él. ¿Quién mejor para aconsejarme cómo moverme en ese campo minado que es el mercado del arte? Me arriesgué y le envié un correo electrónico. Para mi sorpresa, me respondió invitándome a su ático en Park Lane, una de las calles más exclusivas de Londres.

Nunca olvidaré ese primer encuentro, quince años atrás. Me pidió que tomara asiento en una mesa, junto a

un esqueleto de plástico —«Es mi octava esposa. Y la mejor de todas, porque nunca me contradice»—, antes de volver con su ordenador y ponerse a trabajar. Pasó casi una hora sin decir nada, hasta que sonó el timbre.

—Debe ser el cartero. ¿Te importaría abrir la puerta?

El cartero me entregó un paquete. Firmé el albarán de recepción y me dirigí con la caja a la habitación.

—Espera un segundo en el pasillo, tengo que hacer una llamada importante —dijo Van Rijn—. Puedes abrir el paquete, ya que estás ahí.

Al cabo de unos cinco minutos supuse que podía volver a entrar en la habitación; así lo hice, llevando en las manos el libro que había sacado del paquete. A Van Rijn se le escapó un suspiro de alivio.

—¡Uf! Es solo un libro. Tengo tantos enemigos que cualquier paquete podría ser una bomba.

Para el final del día, Van Rijn había llegado a la conclusión de que yo era el hombre más tonto que había conocido en su vida y demasiado inocente para el retorcido, y a veces incluso peligroso, mundo del arte. Al despedirnos, supuse que para siempre, dijo:

—Vuelve pronto. Me gusta pasar el rato con bichos raros.

En los años siguientes lo visité con frecuencia. Me presentó a sus contactos policiales en Scotland Yard, pero también a algunos de los más grandes estafadores del mundo del arte. Por mi parte, no podría haber deseado una formación mejor. Me dio la oportunidad de presenciar algunas de las operaciones en las que intervino y que se convirtieron en noticias internacionales.

En los últimos años Van Rijn y yo nos habíamos distanciado. Él se mudaba con tanta frecuencia que cada vez nos veíamos menos, y también habíamos tenido unos cuantos desencuentros. Pero unas semanas antes me había llamado de manera inesperada.

—Estoy ante algo increíble. Alucinante, en serio, algo grande. Créeme, nunca nos toparemos con algo más grande que esto.

Se negó a decir más e insistió en que fuera a Livorno para verlo en persona. Vacilé durante mucho tiempo. Pasar un día con Van Rijn era más agotador que medio maratón y, por si fuera poco, el encuentro podría ser una trampa. Quizás pensaba intentar convencerme para que yo hiciera el trabajo sucio en algún trato escabroso. Pero al final cedí e hice el viaje a Livorno.

Van Rijn seguía roncando con la cabeza sobre el teclado. El escritorio de uno de los más grandes expertos de arte del mundo estaba plagado de trastos y cachivaches de lo más variopinto. Tomé su juguete favorito, lo puse junto a su oído y presioné el botón. El pollo asado comenzó a cantar: «Qué calor, qué calor tengo...».

Siguió roncando.

—¡Despierta! —Tampoco eso funcionó. Era evidente que necesitaba hacer algo más drástico. Me puse las manos alrededor de la boca, me acerqué a su oído y grité—: ¡Policía!

Van Rijn se despertó de golpe, se frotó los ojos enrojecidos y me miró, sorprendido.

—¡Dios bendito! ¿Qué haces aquí?

—Tú me pediste que viniera —respondí.

Se quedó pensativo un momento.

—Pero no llegabas hasta el lunes, ¿o no?

—Hoy *es* lunes.

Se levantó de la silla con dificultad y me dio un abrazo de oso. Con la cara ancha, la barba de tres días y los mechones de pelo gris alborotados, parecía un viejo lobo de mar.

—¿Viniste en taxi?

En general, Van Rijn tenía memoria de elefante, así que resultaba desconcertante cuando olvidaba las cosas más sencillas.

—No. Enviaste a un chino a recogerme.

—Ah, sí... un tío genial. Y un excelente chef. Nos traerá un *rijsttafel* en un minuto.

Se me revolvió el estómago al recordar cómo olía la camioneta. Van Rijn encendió un cigarrillo y se dirigió a la cocina. Eché una mirada a mi alrededor. Encorvada sobre un sillón de cuero, junto a un saco de boxeo que colgaba del techo, estaba su octava esposa, el esqueleto de plástico. Un cactus de unos dos metros de altura se alzaba en el centro de la habitación, rodeado por una antigua máquina de chicles, una estatua de Superman y un enorme cerdo de porcelana.

Van Rijn volvió con dos tazas de café y las puso sobre una mesa de centro, una placa de cristal colocada sobre una sirena recostada de color rosa fluorescente.

—Gracias —dije—, pero no tomo café. Creí que ya lo sabías.

—Sí, lo sé. Las dos son para mí. Si tienes sed, toma lo que te apetezca. —Se dejó caer sobre el sofá—. Hice un descubrimiento trascendental: Colón no descubrió América. Mira la portada de este catálogo de subasta.

El catálogo era de una famosa casa de subastas internacional. La portada mostraba un hermoso mosaico romano en el que se veían cinco aves alrededor de un bebedero.

—Precioso —dije—. Pero, ¿qué tiene que ver con Colón?

—¿Sabes qué pájaros son esos?

Como crecí en la ciudad, la ornitología no era precisamente una de mis especialidades. Apenas sabía distinguir un pato de una paloma.

—A ver... El de la izquierda es un loro.

—Correcto. Entonces...

—No sé a dónde quieres llegar con esto. Los romanos tenían loros como mascotas, ¿o no?

—Claro, pero resulta que ese amiguito azul y amarillo de ahí es un guacamayo, y los guacamayos solo se encuentran en las selvas tropicales de Sudamérica...

Estallé en carcajadas. Un loro sudamericano en un mosaico romano, mil quinientos años antes de que Colón llegara a América.

—Una vergüenza para la casa de subastas —dije—. ¿De dónde procede la falsificación?

—De Túnez, me parece. Hay una aldea al sur de Susa cuyos habitantes se dedican a la producción de mosaicos griegos y romanos... falsos. Una auténtica mina de oro.

Van Rijn sonrió. Sabía lo mucho que me gustaba ese tipo de trabajo detectivesco.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Todavía no lo he decidido. Podría llamar a la policía, claro está, y dejar a la casa de subastas en ridículo. Pero tal vez compre el mosaico.

—¿Comprarlo? —Lo miré con sorpresa.

—Sí. Y luego voy a «descubrir» que es falso y pediré que me devuelvan el dinero, más una compensación por daños emocionales, por supuesto, pues era un regalo para mi esposa por nuestro vigésimo aniversario. O algo así.

—Espero que no me hayas arrastrado hasta aquí por un loro.

Se inclinó hacia delante, poniendo cara de conspirador y con la mirada centelleante.

—No. Estoy investigando el caso más grande de todos los tiempos.

Van Rijn siempre tenía motivos ocultos. Había aprendido a mantenerme en guardia cuando estaba con él.

—Michel, estoy seguro de que es algo increíble, pero ¿qué hago yo aquí?

—Pensé que te alegraría verme.

—Claro que me alegra verte. *Siempre* me alegra verte.

Ladeó un poco la cabeza, entrecerró sus brillantes ojos azul acero y me miró, como hacía cuando sospechaba que le estaba mintiendo. Siempre he creído que Van Rijn puede leer la mente. Casi siempre va unos pasos por delante de mí. Eso, sumado a su tendencia a manipular, es lo que lo vuelve tan peligroso. Un detective de Scotland Yard me confesó alguna vez que siempre se andaban con cuidado con Van Rijn, aunque estuvieran trabajando con él.

—Ya no soy tan joven como antes —suspiró—. Y este asunto, además de ser complejo y misterioso, no está exento de riesgos.

En el pasado Van Rijn nunca rehuyó el peligro. En Centroamérica se abrió paso por la jungla con un machete en busca de ciudades mayas perdidas. En el norte de Chipre se sumó a un grupo de generales turcos para saquear iglesias y monasterios. En Roma la mafia intentó asesinarlo y, en Ámsterdam, un grupo de criminales yugoslavos disparó contra el coche en el que viajaba. Tanto en los medios como en los foros de internet se debatía si tendría un ángel guardián. Circulaba el rumor de que lo protegía el Mossad, el servicio secreto israelí. Van Rijn decía que eso era

falso, pero Hesi Carmel, uno de sus mejores amigos, era un famoso agente del Mossad.

—Michel, por una vez en tu vida, déjate de rodeos. Mi vuelo hacia aquí se retrasó y no tenemos mucho tiempo.

Se puso de pie y caminó hacia la ventana.

—Arthur, quiero encargarme de este trabajo, pero no puedo. En un minuto entenderás por qué. —Se dio la vuelta para verme—. Necesito tu ayuda.

Cuando me pedía ayuda solía ser porque él también iba a ganar algo. Pero esta vez sonaba sincero, casi vulnerable.

—Está bien.

Sonrió.

—Sabía que podía contar contigo. Y confío en que lo lograrás. Tienes cara de monaguillo y das la impresión de ser la persona más inocente del mundo. ¡Te van a subestimar! —Van Rijn era capaz de hacerte un cumplido e insultarte al mismo tiempo—. ¿Cuál es el misterio más grande que te gustaría resolver? —preguntó.

No tuve que pensarlo mucho.

—Encontrar El Dorado.

El mito de un gigantesco tesoro que los conquistadores españoles y otros aventureros habían buscado en Sudamérica me había fascinado desde la infancia.

Negó con la cabeza.

—Me refiero a algo REAL, algo que sí haya existido, idiota.

Entendí a qué se refería. Unos diez años antes Van Rijn había acaparado titulares en todo el mundo con el descubrimiento del Evangelio según Judas. Nadie tenía idea de que el manuscrito, que se creía perdido desde hacía siglos, aún existía. Fue como *El código Da Vinci*, pero en real. La Iglesia católica había excluido este evangelio de la Biblia y

destruido todos los ejemplares existentes. Pero una copia sobrevivió: un monje la había escondido en una cueva, en Egipto, 1700 años antes. En este Evangelio, Judas no aparece como un traidor, como se cuenta en los cuatro evangelios canónicos, sino como el único discípulo verdadero de Jesús. El Vaticano incluso emitió un comunicado distancianándose del evangelio recién recuperado.

Van Rijn interrumpió mis pensamientos.

—Deja que te dé una pista. Tiene que ver con la Segunda Guerra Mundial.

Entonces supe a dónde quería llegar Van Rijn. Durante la Segunda Guerra Mundial, los nazis no solo perpetraron el genocidio más brutal de la historia de la humanidad, sino también el saqueo de arte más grande de todos los tiempos. Bajo las órdenes de Hitler y de su mano derecha, el *Reichsmarschall* Hermann Göring, los nazis confiscaron incontables obras de arte, algunas de las cuales vendieron después para financiar su maquinaria bélica; el resto desapareció en las colecciones privadas de Hitler y Göring. Cientos de miles de piezas artísticas, incluyendo pinturas de Rembrandt y Van Gogh, nunca fueron recuperadas. En 2012, la policía alemana encontró en un apartamento de Múnich más de mil piezas cuya pista se había perdido tras el desmantelamiento de Tercer Reich. Sin embargo, un tesoro artístico en particular cuyo recuerdo aún seguía fascinando al mundo, seguía perdido. Setenta años después de la guerra los más fanáticos cazadores de tesoros seguían zambulléndose en lagos y escudriñando cavernas en busca de la «octava maravilla del mundo».

—La Cámara de Ámbar —respondí.

La Cámara de Ámbar era un salón ubicado en el Palacio de Catalina —la residencia veraniega de los zares rusos—, situado a las afueras de San Petersburgo, cuyas pa-

redes habían sido decoradas con unos magníficos paneles de ámbar, una resina fósil. Quienes lo vieron relatan que, cuando el sol iluminaba el ámbar, el salón adquiriría un esplendor inolvidable. En 1941, Hitler ordenó a sus tropas que desmantelaran el salón y lo transportaran a Alemania. Guardaron los paneles de ámbar en un castillo en Königsberg, donde se quemaron durante un bombardeo de los Aliados en 1945. En 2003, Vladimir Putin, el presidente ruso, y Gerhard Schröder, el canciller alemán, inauguraron la reconstrucción del salón en el Palacio de Catalina. Pero no todo el mundo estaba convencido de que la Cámara de Ámbar original se hubiera destruido realmente. Durante el intento desesperado del Tercer Reich por mantenerse a flote se enviaron comandos especiales de las SS en misiones ultrasecretas para esconder tesoros artísticos en lagos, bosques y cavernas, y había quien pensaba que la Cámara de Ámbar había sido uno de ellos. Según algunas fuentes, los miembros de estos comandos habían sido asesinados por sus comandantes para asegurarse de que no quedaran testigos.

—Siempre que hacía algún trabajo en Alemania o en Rusia —dijo Van Rijn— tenía la esperanza de encontrarla. Pensaba que, si la Cámara de Ámbar aún existía, tarde o temprano daría con algún comerciante corrupto, un exnazi o algún agente de la KGB al que se le escapara el secreto o quisiera venderme los paneles. Por desgracia, nunca encontré ni rastro. Ahora estoy seguro de que la Cámara de Ámbar sí fue destruida en los últimos días de la guerra.

Se atusó la barba con los dedos mientras me miraba. Un silencio incómodo se instaló entre nosotros, como si aún estuviera intentando convencerse de que yo era la persona adecuada para ayudarle. Finalmente se decidió.

—Supongamos —continuó— que apareciera una obra de arte sensacional, algo que nadie estuviera buscando porque todo el mundo creyese que fue destruido durante la Segunda Guerra Mundial. Un hallazgo que ni siquiera yo, con toda mi experiencia, terminase de creer del todo que fuera real.

Me enderecé en mi asiento.

—Sería increíble. Pero realmente no creo que pueda suceder.

Tuve cuidado de no mostrarme demasiado ansioso. Van Rijn tenía la costumbre de mantenerme en ascuas durante horas.

—Para Adolf Hitler se trataba de algo tan preciado que quiso tenerlo tan cerca como fuera posible —esbozó una sonrisa misteriosa.

La verdad, no se me ocurría nada. Aunque Hitler fue uno de los hombres más malignos que jamás pisó la Tierra, en lo relativo a su vida personal todos los historiadores coinciden en que vivía de forma austera y daba poca importancia a las posesiones materiales, hecho que se reflejaba incluso en su apariencia y su indumentaria. Circula una anécdota según la cual cuando lord Halifax, futuro secretario de Asuntos Exteriores, visitó a Hitler en 1937, intentó darle su abrigo y su sombrero al tomarlo por un sirviente.

—A ver, un momento —dije—. ¿Algo que ver con el arte?

Cuando era joven, Hitler solo tenía un sueño: ser un artista. Pero la Academia de Bellas de Viena lo rechazó dos veces; el estilo realista de sus cuadros fue considerado anticuado y, ante los avances progresivos de la fotografía, incluso redundante. Los modernos movimientos artísticos, como el impresionismo y el surrealismo, transformaron el

arte por completo. De pronto, una pradera azul, un cielo verde y un árbol amarillo podían considerarse un paisaje, para horror de Hitler y de otros muchos que opinaban como él. En un giro del destino tan irónico como trágico, parece que gran parte de las personas que compraron los burgueses paisajitos urbanos que pintaba Hitler, con cuya venta pudo entonces sobrevivir como artista, resultaron ser judías.

—En efecto —dijo Van Rijn—. Hitler nunca pudo aceptar su fracaso como artista. En 1939 le confesó al embajador británico: «Soy artista, no político». Y en cuanto estuvo al mando prohibió el arte moderno tachándolo de degenerado.

Sonó el timbre de la puerta.

—Ah, debe ser la comida. —Van Rijn salió de la habitación frotándose las manos y volvió al poco tiempo con dos bolsas de comida china—. ¡Mmm! Tus papilas gustativas van a flipar.

Rebuscó en las bolsas y fue sacando los recipientes de comida, que dispuso sobre la mesa. Noah, el mayordomo, trajo platos, cubiertos y una botella de vino.

—En realidad no tengo mucha hambre... —mentí.

—¡Venga, come!

Cogí un plato y, con cautela, me serví un poco. Van Rijn se acomodó y, entre bocado y bocado, continuó su relato.

—Una vez que Hitler se convirtió en el *Führer* pasó a decidir también qué era bello y qué era obsceno —dijo Van Rijn con la boca llena—. Hizo dos listas: una con artistas vetados y otra con artistas afines a la estética nazi, que serían financiados por el Estado. Destinó millones de *reichmarks* a sus tres escultores favoritos: Arno Breker, Josef Thorak y Fritz Klimsch. A las obras más monumentales de

estos tres escultores se les reservó un puesto de honor en el corazón del Reich: la Cancillería de Berlín, donde los nazis tenían su cuartel general.

Se puso de pie y abrió un armario del que sacó un proyector, que encendió. Una presentación de diapositivas con imágenes de la Cancillería del Reich se desplegó en la pared blanca situada frente al proyector. El monumental edificio —la megalomanía de Hitler hecha piedra— se convertiría en el símbolo de la tóxica ideología nazi. Hitler resumió el diseño de la Cancillería del Reich en un único concepto: quienquiera que entrara en el edificio debía sentir que estaba a punto de comparecer ante el regidor del mundo.

Los dignatarios alemanes y extranjeros que se presentaban para una audiencia con el *Führer* eran conducidos al patio central, donde un escuadrón de honor montaba guardia. Dos gigantescas estatuas de bronce de musculosos hombres desnudos flanqueaban la entrada. Las esculturas, obra de Arno Breker, representaban los dos pilares que sostenían la dictadura de Hitler: *Die Partei* (*El partido*) y *Die Wehrmacht* (*El ejército*). Tras entrar en el edificio, los visitantes pasaban por el Salón del Mosaico, la Sala Redonda y la Galería de Mármol. Esta última por sí sola tenía el doble de longitud que la mítica Galería de los Espejos del Palacio de Versalles, y sus esplendorosos paneles rojos la convertían en una de las estancias más imponentes de la Cancillería. Finalmente, tras atravesar esta impresionante galería, de casi 150 metros de largo, los exhaustos invitados llegaban por fin al despacho de Adolf Hitler. Con una superficie de cuatrocientos metros cuadrados y un techo de diez metros de altura, el mensaje que transmitía esta estancia quedaba claro: detrás del enorme escritorio, sobre el cual se erigía una estatua de Marte, el dios

romano de la guerra, estaba un hombre decidido a reclamar un lugar protagonista en la historia.

La última diapositiva mostraba una vista trasera de la Cancillería del Reich. Flanqueando los escalones que conducían al jardín podían verse dos colosales caballos de bronce. Estas piezas, *Schreitende Pferde* (*Caballos al galope*), obra de Josef Thorak, el otro destacado escultor nazi, ocupaban un lugar de honor bajo la ventana del despacho de Hitler. Siempre que se asomaba a ella, mientras maquinaba planes para conquistar el mundo, su mirada caía sobre los caballos de Thorak.

Van Rijn se limpió la boca y, con el plato todavía en la mano, caminó hacia la pared en la que estaba proyectada la fotografía de los caballos.

—Durante la batalla de Berlín cientos de miles de soldados del Ejército Rojo se abrieron paso hasta la Cancillería del Reich, que ya estaba bajo el fuego de la artillería rusa. Todas estas esculturas históricas fueron destruidas durante el bombardeo. Después de la guerra, los rusos demolieron los últimos restos del edificio, incluido el búnker ubicado bajo el jardín de la Cancillería donde Hitler se suicidó junto a Eva Braun.

Aproveché que Van Rijn seguía en pie ante la diapositiva, dándome la espalda, para esconder rápidamente la comida que aún quedaba en mi plato bajo un trozo bastante grande de pan de gambas. Con cara inocente dejé el plato sobre la mesa.

—Es una verdadera pena que todo haya sido destruido, ya sea deliberadamente o no —continuó Van Rijn—. No se puede borrar la historia. De hecho, no es posible entender el presente sin conocerla. Es como coger un libro enorme y empezar a leerlo por la mitad. Y el arte es una parte esencial de la historia. Albert Camus dijo alguna vez:

«Si el mundo fuera claro, el arte no existiría». Los dictadores como Hitler y Stalin también reconocieron la importancia suprema del arte, aunque como medio de propaganda. Piensa en todo ese arte nazi y comunista que muestra hombres heroicos luchando por la patria y mujeres saludables amamantando a sus hijos o trabajando en los campos y las fábricas. Estos caballos de Josef Thorak proyectan un mensaje similar: parecen estar galopando hacia la batalla. Aprenderíamos más sobre los dictadores si pudiéramos ver arte nazi como este en los museos. Algunas de las piezas más importantes que se exhiben el Museo Británico y en el Louvre son esculturas hechas hace miles de años por encargo de emperadores romanos y reyes persas que también fueron tiranos asesinos. Dentro de mil años la gente seguirá hablando de Adolf Hitler, pero ¿qué objetos tangibles quedarán de su existencia?

Mientras estudiaba los caballos proyectados en la pared, lo que Van Rijn decía iba cobrando sentido. Su enorme simbolismo me quedó claro. Esos caballos lo habían visto todo. En un radio de cien metros de aquellas estatuas comenzó y terminó la Segunda Guerra Mundial, con el suicidio de Hitler en el *Führerbunker*. Cuando Hitler miró a su alrededor por última vez antes de bajar al búnker subterráneo, seguro que lo último que vio fueron esos caballos.

De pronto, una nueva imagen se proyectó en la pared, esta vez a color.

—¿Qué es eso? —exclamé, sorprendido.

—Dímelo tú.

Me levanté del sofá de un salto. La fotografía mostraba dos colosales caballos de bronce. No había duda: eran los *Schreitende Pferde*. ¡A color! Tenía que ser una foto reciente.

—¿Estás diciendo que los caballos todavía existen?

—¡Yo que sé! En serio, no lo sé. Podrían ser falsificaciones.

La siguiente diapositiva presentaba la misma fotografía a color junto a otra, en blanco y negro, de los caballos que estuvieron debajo del despacho de Hitler, esta última tomada durante la Segunda Guerra Mundial.

—¡Increíble! ¿Cómo conseguiste la foto a color? ¿Y quiénes son los dos hombres que están junto a los caballos?

Van Rijn se sentó frente a su ordenador.

—¿Recuerdas a Steven, el comerciante de arte holandés que vive en Amberes?

—¿El tipo que dice que solo hace negocios con multimillonarios?

—El mismo.

Había visto a Steven una sola vez, en Bruselas, en una cena con decenas de invitados. Lo recordaba porque pidió un postre espolvoreado con pan de oro comestible de veinticuatro quilates. Pedazo de esnob.

—Me envió la foto con este correo electrónico. Mira, léelo. Te lo reenvío después.

Leí el correo. Steven aseguraba que esos eran los caballos de tres metros de altura que esculpió Josef Thorak, los *Schreitende Pferde* originales. El propietario actual quería vender estas piezas únicas de bronce por algunos millones debido a «circunstancias políticas» y, para no exponerse, estaba utilizando intermediarios. Uno de ellos, que al parecer no sabía mucho sobre el tema, había contactado con Steven. El propietario presuntamente pertenecía a una familia conocida por sus simpatías filonazis, y uno de sus miembros había sido condenado en los juicios de Nuremberg. Todo el asunto estaba envuelto en el secretismo más absoluto y, según Steven, podía ser muy peligroso.

—¿Uno de esos dos hombres de la foto podría ser el propietario? —pregunté.

—No, no lo creo. Deben ser los intermediarios.

—¿Y qué pretende Steven de ti?

—Quiere que encuentre un comprador. Hitler pagó las estatuas de esos caballos con dinero público y, puesto que el Estado alemán es el sucesor legal del Tercer Reich, las estatuas aún son oficialmente propiedad del Estado. No se pueden vender públicamente, por eso el propietario actual está buscando un comprador, por supuesto discreto, que se las lleve cuanto más lejos mejor. Como Steven sabe que tengo contactos en Oriente Medio, tiene la esperanza de que encuentre algún jeque o alguien de ese nivel que esté interesado en comprarlos para tenerlos en su palacio, a salvo de miradas curiosas. Como bien sabes, en el mundo árabe hay quienes ven a Hitler como un héroe. Pero estas estatuas deberían estar en un museo —dijo Van Rijn, con cara de indignación—. Qué descaro el de Steven. ¡Sabe que mi madre es judía! Este caso me afecta emocionalmente, y cuando eso sucede cometo errores. Por eso necesito tu ayuda.

Había tenido la oportunidad de conocer a la madre de mi mentor y sabía que en su infancia, durante la guerra, fue mensajera de un grupo de resistencia holandés.

—¿Quieres atraer a Steven y al tipo que lo contrató para que caigan en una trampa?

—Ojalá fuera tan sencillo. Al principio todo iba bien. Fingí que había hecho varios contactos en Dubái y Arabia Saudita, pero después Steven se echó para atrás. Según dijo, había descubierto que las estatuas eran falsas y cortó toda comunicación. Creo que sospechó algo.

—Es muy probable que esté diciendo la verdad —apunté—. Aunque los caballos que se ven en la foto a color

parecen idénticos a los de la fotografía en blanco y negro de la Segunda Guerra Mundial, *tienen* que ser falsos. ¿Qué probabilidades hay de que estas esculturas de fama mundial hayan sobrevivido a la batalla de Berlín y hayan permanecido ocultas durante setenta años? Creo que ninguna.

Van Rijn se rascó la barba.

—Tienes razón. Pero, aunque sean falsificaciones vale la pena investigarlo. ¿Te imaginas los titulares? «ANTIGUOS NAZIS INTENTAN GANAR MILLONES CON LA VENTA DE CABALLOS DE HITLER FALSOS». —Se dio cuenta de que yo empezaba a vacilar—. A ti tampoco te cae bien Steven, ¿verdad? ¿Lo recuerdas en aquella cena, engullendo aquel postre con pan de oro?

Sabía a la perfección cómo convencerme. Miré el reloj. Era hora de irme. La verdad, no quería perder mi vuelo.

—Vale, tú ganas. Estoy dispuesto a intentarlo —dije—. Pero Steven sabe que te conozco. No va a confiar en mí. Además, dudo que en realidad tenga contactos lo suficientemente estrechos con esos nazis como para que podamos acercarnos a ellos.

Van Rijn me acompañó a la puerta, donde Noah me ayudó a ponerme el abrigo. Para mi sorpresa, el holandés me despidió con un abrazo.

—Ten cuidado —me advirtió—. Esos exnazis y sus simpatizantes son muy peligrosos —abrió la puerta—. Lamento no poder acompañarte a Holanda.

La última vez que Van Rijn voló conmigo a Ámsterdam fingió ser discapacitado, con silla de ruedas y todo, para saltarnos la cola.

Al llegar a la esquina llamé a un taxi y, de camino al aeropuerto, pensé en cómo iba a abordar el caso. Era una misión destinada al fracaso, pero como le había dado mi palabra a Van Rijn lo menos que podía hacer era analizarlo

a conciencia. Cerré los ojos para evitar que el sol me deslumbrase y me hundí en el asiento trasero. Luego me quedé dormido.

—*Il aeroporto.*

Aliviado, caminé hacia el área de salidas. Había sobrevivido a la visita a Van Rijn y estaba ya en el aeropuerto de Pisa. Y sin silla de ruedas.

—¿Señor Brand? —preguntó un agente de aduanas.

—¿Sí?

—¿Podría acompañarme, por favor?